

centenario del dante

NO es ajeno al concepto que tenemos de Dante Alighieri la silueta que pintaron de él Giotto o Miguel Ángel. Hay muchos genios sin iconografía o de una iconografía incierta y borrosa. Pero el Dante ha llegado a nosotros con una figura precisa, como en un medallón. Su mentón salido, su mirada acerada y profunda, son el prototipo del hombre interior y nos dan una imagen vivida del intelectual. No hay error posible en la interpretación de ese rostro: Era un hombre hiriente y sagaz, dotado del fuego interior y también de la arrogancia suprema de la inteligencia.

Para la interpretación de la personalidad del poeta, esa imagen es casi tan elocuente como la "Divina Comedia". En general, la vida de los genios está llena de conjeturas. Si comparamos al Dante con la única figura de la historia literaria universal que le puede ser comparada, William Shakespeare, se nos aparece con una transparencia y claridad meridiana. Shakespeare, en efecto, es, todo él, una incógnita; debemos juzgarle simplemente por su obra; de él no existen ni la imagen física ni la biografía. En el Dante, estos elementos humanos están evidentes, sin necesidad de profundas investigaciones arqueológicas. A este hombre del siglo XIII le conocemos tan bien como si hubiera vivido en el siglo pasado.

Es el conocimiento de hombre el que contribuye a acercarnos y a constituirlo en prototipo de actualidades y modernidades. En la estructura que de él nos llega, las naves y los torresones se levantan con la gracia original. El tiempo no ha hollado la majestad de las bóvedas ni el poder de los plintos. Es como una catedral incólume. Es una catedral de un gótico purísimo, que se mantiene en pie.

El lugar en que está ubicada esta insigne arquitectura, que es el Dante, es la Europa de su tiempo, en los albores de una terrible gestación que duraría siete siglos. El Dante es la última catedral del Sacro Romano Imperio. El y su obra son esta catedral. La construcción de la "Divina Comedia" parece debida a un arquitecto magistral. Sus tres piezas de treinta y tres cantos son semejantes a otras tantas naves en las que se encierre un aire oscuro y transparente y en las que resuene el órgano. La palabra tiene aquel punto de orfebrería que la piedra adquiere en los rosetones de la gran fábrica sacra de Estrasburgo. Nos produce en su interior, mientras leemos, la impresión de inmensidad y de infinito que sentimos en el interior de aquella catedral. Toda ella es una construcción a la vez artística, con la levedad del espíritu, y ciclópea, en que cada palabra tiene el peso de un sillar.

El Dante escribió ese monumento en las postrimerías de su vida, en el exilio de Verona, cuando ya estaba castigado y cultivado por la inmensidad de unos sufrimientos en los que la literatura no había tenido la menor parte. La lucha humana del Dante fue una lucha política, no literaria. El Dante fue un partidista en la Florencia en que nació. De las interioridades de aquella política y de los elementos que debieron pesar en el ánimo del Dante para ser exiliado de por vida y condenado a muerte —a una muerte que hoy difícilmente podríamos explicarnos, "abrasado a fuego lento hasta morir"—, hoy apenas podríamos comprender nada. El Dante no murió a fuego lento, sino en Buonconvento, cerca de Siena, a los cincuenta y seis años de edad, y de muerte natural. Sólo hiperbólicamente se puede achacar su muerte

a un abrasamiento por ese fuego interior que le consumió durante toda su vida. Los avatares de la política interior de la Toscana, sus luchas con el Angevino del Reino de Nápoles y con el Papa Bonifacio VIII, apenas si tienen valor para nosotros. Lo que prevalece del Dante es su "Comedia", lo que dejó escrito.

Mallarmé sostenía que el fin único del Universo y su razón única de ser es la producción de un libro. En este sentido, sólo un hombre, en la Historia del mundo, hubiera justificado la razón del Universo, y este hombre se llamaría Dante Alighieri. Semejante en enjundia a la Biblia, esta "Comedia" tiene el privilegio de deberse a sólo un hombre. En este libro, el Dante se resarca gloriosamente de sus pequeñas luchas partisanas y reinventa el mundo que le ha de justificar. Paseante de cielos e infiernos, traza en él un plafón inmenso de la humanidad, define el bien y el mal, crea una vasta y vivida zona de palpitaciones y fantasmas. La trascendencia de los actos de los hombres y el peso gravitante de una conciencia universal son inventados con un ímpetu y un vigor soberanos, en una ristra interminable de magníficos tercetos sonoros.

Ahora se cumplen los setecientos años en que el Dante vio la luz, en la ciudad de Florencia, una radiante y agitada ciudad que era el emporio comercial y mercantil de Europa y que se revolvía contra los últimos vestigios del feudalismo y creaba una República con una burguesía adinerada. Era hijo de un notario sin fortuna y pertenecía a la nobleza caída en el villanaje. A los diez años de su vida, descubre y se enamora de Beatriz, a la que cantaría durante toda su vida hasta convertirla en la mujer más enaltecida de cuantas han existido en el mundo, después de la Virgen. Esa Beatriz, que, probablemente, sería una niña insignificante, aunque hermosísima, es la más alta invención y el más egregio ideal de los siglos. Nunca un ser humano ha merecido una sublimación parecida a la de ella.

Probablemente, la gloriosa lección del Dante y su actualidad imprescriptible están en la universalidad de su quehacer y en el destino unido que dio a su obra y a su vida. Este hombre, que pudiera confundirse con un "partidista" de facción en las luchas de su tiempo, no se adscribió jamás a ideas contingentes como las que se debatían. Su lucha estuvo marcada y definida por conceptos más amplios: la libertad, que él abanderó en la libertad de su tierra, la extirpación de las fronteras en que se debatían los reinos y las repúblicas de aquella Italia incipiente, el poder del espíritu, la conclusión de un mundo unitario y abierto... La "Divina Comedia" fue una revancha insigne de todos sus fracasos ocasionales. El espectro y el valor que las acciones de cada cual tendrán en la posteridad fueron su colosal y espiritual "vendetta".

Apeó el latín, lengua culta, para elaborar su canto en el idioma vernáculo, este italiano que hoy se habla y que, de hecho, ha sido creado por él. Vivió en la permanente amargura de sentirse vilipendiado por los poderosos de su tiempo; pero lo que él pretendió fue vivir un día "tra coloro — che questo tempo chiameranno antico", entre aquellos que llamarán antiguo a nuestro tiempo. Esta gloria conseguida por el Dante sigue viva a los siete siglos de su nacimiento. Él hizo con nosotros aquello mismo que explicara:

Facesti come quei che va di notte
Che porta il lume retro e sè non giova,
Ma dopo sè fa le persone dotte.

Iluminó el camino que hemos seguido.